

BIOGRAFÍA(S) DE MUJER(ES) Y EXPERIENCIA VIVIDA

ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA *

*Una imagen irrecuperable del pasado amenaza
con desaparecer con cada presente, cuando en ella no se reconozca.*

Walter Benjamin¹

A pesar de una indudable recuperación reciente, en nuestro país la mayor parte de la profesión historiográfica no escribe biografía; o no se ha dejado todavía seducir por ella, permaneciendo inmune a su retorno o esplendor renovado². No puedo detenerme ahora en especulaciones a propósito, pero sí resaltar el hecho de que (al margen de convenir en que no era acertada la idea que se tenía normalmente, en parte por influencia de Ortega, de que faltaban autobiografías y escritos de memoria en España)³, el evidente resurgir del género biográfico entre nosotros no ha agotado aún el camino tortuoso que lleva, en metodologías y teoría histórica, del sujeto colectivo al sujeto individual⁴. Al contrario de lo que ocurre en el mundo anglosajón, ni siquiera gustamos aquí, historiadoras e historiadores —y siempre *grosso modo*— de leer biografías y/o documentos personales, no empleamos esfuerzo en la lectura o contemplación (menos aún en el análisis) de fragmentos de vida a través de palabras, salvo quizá en el borde del plano de contacto que une a la historia con la cultura visual, con el omnipresente mundo del cine o con las artes plásticas. Resulta así paradójico ese rechazo

* Universidad Complutense de Madrid.

¹ Benjamin, Walter, «Eduard Fuchs, coleccionista e historiador» [1937], en *Escritos políticos*, Madrid, Abada, 2012, pp. 117-118.

² Mainer, José-Carlos, «Al rescate de la intimidad», *El País*, 7 de junio de 2015. Allí se enuncian biografías recientes y otras en curso, así como una serie de proyectos académicos sobre biografías y sus webs.

³ Fernández, James, *From Apology to Apostrophe: Autobiography and Rhetoric of Self-Representation in Spain*, Durham, Duke University Press, 1992; Caballé, Anna, *Narcisos de tinta. Ensayo sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana*, Madrid, Megazul, 1995; Romera Castillo, José, *De primera mano. Sobre escritura autobiográfica en España (siglo XX)*, Madrid, Visor Libros, 2006.

⁴ Conviene ver al respecto Amelang, James, «Comparando la escritura autobiográfica en España e Inglaterra durante la Edad Moderna. ¿Qué se debe hacer?», en J. C. Davis e Isabel Burdiel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa...*, *op. cit.* en nota siguiente, pp. 63-72. También Caballé, Anna, «La biografía en España: primeras propuestas para la construcción de un canon», en Isabel Burdiel y Roy Foster (eds.), *La historia biográfica en Europa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 89-119.

ocasional, cuando —como han escrito J. C. Davis e I. Burdiel— es evidente «que los comisarios de las grandes exposiciones de arte, musicólogos o productores de discos, estudiosos de la literatura y el drama, hayan organizado tan a menudo nuestra experiencia de la cultura propia, y su transmisión, a través de un prisma biográfico», y siendo que ello «ha dado a esa forma de organización una enorme resonancia y poder evocativo, y ha expuesto al género a un tratamiento más creativo e imaginativo». Ciertamente es, sin embargo, que, en consecuencia, «para aquellos que aspiran a destacar en el arte de la biografía, los retos son verdaderamente severos»⁵. El conflicto perpetuo entre estructura y acción decide y normaliza nuestras elecciones temáticas, y las inclina preferentemente —por más que se perciba un *giro subjetivo* en las humanidades— hacia el amplio horizonte de lo colectivo, privilegiando su consideración por encima de lo particular⁶.

Hace unas cuantas décadas, con todo, que las cosas han empezado a cambiar y han vuelto incierto e inseguro el horizonte. En la crítica al historicismo que resume el texto del que tomo la cita que encabeza estas páginas, Benjamin dice también que el materialista histórico «tiene que abandonar el elemento épico de la historia», que él ve como «una construcción cuyo lugar ya no es el tiempo vacío, sino una época determinada, la vida determinada, la obra determinada...». Así el tiempo iría dando lugar a que materializaran, seguidas unas a otras, «experiencias respecto al pasado que siempre son únicas». Lo particular, y lo personal, han vuelto a hacerse presentes a través del sujeto individual, que reconoce su presencia («el yo está afortunadamente de retorno en los libros de historia», ha escrito Jordi Canal recientemente)⁷. A estas alturas, académicos que en general desapruaban la biografía literaria o no le prestan apenas atención, han ido extendiendo en cambio sus intereses hacia lo que, en términos amplios, llamamos «escrituras de vida»: relatos de experiencia que no necesariamente se centran en individuos con capacidades o trayectorias extraordinarias, sino que reparan en personas que representan a una clase o categoría de la sociedad menos favorecida, personas vivas muchas de ellas aún —pero no necesariamente—, sujetos que han sido víctimas de violencia, injusticia y opresión en el pasado... Son muchos los cambios sociales y culturales que acogen el retorno de lo experiencial al universo del pensamiento. No los voy a enumerar siquiera, pero sí debo indicar ya que hay abundantes claves que muestran la materialización privilegiada del flujo *subjetivo* en las mujeres (el progreso de la conciencia femenina de construcción personal en términos de igualdad de derechos con el varón y, a la vez,

⁵ Davis, J. C., y Burdiel, Isabel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Prensas de la Universidad de Valencia, 2005, «Introducción», pp. 12-13.

⁶ Proyectos de Investigación MINECO HAR2014-53699-R, *La voz de las mujeres en la esfera pública (siglos XVII-XX)* y HAR2011-26344: *Mujer, liberalismo y espacio público en perspectiva comparada*, con Rosa María Capel como investigadora principal. Deudoras de ambos son mis páginas sobre Rosario de Acuña: Hernández Sandoica, Elena (ed.), *Política y escritura de mujeres*, Madrid, Abada, 2012, así como en *Espacio público y espacio privado: Miradas desde el sexo y el género*, Madrid, Abada, 2016. Al final de este artículo introduciré algunas consideraciones sobre ella.

⁷ Canal, Jordi (ed.), «Presentación: El historiador y las novelas», *dossier* «Literatura e Historia», *Ayer*, 97 (1) (2015), p. 19. Destaca Canal obras de historia como *Pueblo en vilo* o *Piedralén*, «donde, al mismo tiempo que se da forma a la vida del personaje principal, se cuenta el propio proceso de reconstrucción histórica que el autor ha llevado a cabo. El yo está afortunadamente de retorno en los libros de historia».

de corporeizar una diferencia sustantiva), un flujo manifiesto a través de la recuperación de los conceptos de *experiencia* y *memoria* (memoria, por ejemplo, de tres generaciones de mujeres, memoria familiar, memoria personal...)⁸. Y son ya muchas las páginas escritas en torno a la reconsideración de la experiencia en el cruce entre autobiografía y biografía. De todo ello quiero hablar aquí.

Se entiende por lo general que los escritos *del yo* (y *acerca de ese yo*, que se convierte en *otro*) vendrían a ofrecer una reparación al olvido o la opresión de siglos, en una especie de justicia retrospectiva que enarbolaría el biógrafo. La *Life writing*, la «historia» o «relato de vida», es de ese modo un tipo de biografía entendida como historia social, una historia social emocionalmente reivindicativa y con dosis más o menos fuertes de intención moral. Por eso es, a mi juicio, fomentar el entuerto el seguir considerando el despertar o la expansión constante de la biografía como un género de relato ligado a la excepcionalidad humana, a la excelencia de las trayectorias personales, o simplemente a la notoriedad de un sujeto, hombre o mujer (aunque este aspecto también siga estando presente). Y es importante por el contrario hacer ver que, cuando alguien como el sociólogo Bourdieu clamaba contra la que él llamó «ilusión biográfica», se refería a este tipo de escritos de impostación fuertemente subjetiva: su componente socioestructural le llevaba a temer por la estabilidad y prevalencia del sujeto colectivo en las ciencias sociales.

El mundo intelectual anglosajón (es decir, su mercado de libros y su academia unidos) ha sido, y sigue siendo, distinto en gran medida a ese otro horizonte que, en la Europa continental, ilumina la luz multifocal de las ciencias sociales. La biografía se escribe, y se sigue leyendo, con apabullante asiduidad y total preferencia, en países como Gran Bretaña y los Estados Unidos —no hay que insistir en ello por ser bien conocido—, y lejos de haber sufrido erosión ni reflujos (incluso bajo el peso, ya fuese accidental o duradero, de la «teoría francesa»)⁹, la biografía se ha visto reforzada y ha crecido aún más en las últimas décadas. El aumento del público lector, y también de los practicantes académicos de la escritura biográfica, tiene que ver en parte con la incorporación masiva de aquellos nuevos sujetos a la historiografía (sujetos *subalternos*, mujeres sobre todo, lo cual es en sí mismo un hecho amplio de democratización)¹⁰, al tiempo que se nutre de teorizaciones relativas a cómo ha de tratarse, ya en ese otro plano de convergencia, al sujeto individual en el seno de un sujeto colectivo. *Toda vida* merecería ser historiada en principio, y *toda voz* tiene el derecho moral a ser recogida para convertirse en *memoria*, siendo emitida por el propio actor. Para lograr en fin un registro mejor de lo experimentado y lo vivido.

⁸ «Todas las familias tienen sus mitos y leyendas...», y las generaciones de mujeres que elaboran y conservan esos mitos pueden ascender hasta siete, como sucede en el caso de la reciente obra de Nicolson, Juliet, *A House Full of Daughters: A Memoir of Seven Generations*, Londres, Chatto & Windus, 2016.

⁹ Cusset, François, *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cia. y las mutaciones de la vida intelectual en los Estados Unidos*, Barcelona, Melusina, 2005. El enfrentamiento entre Perry Anderson y Edward P. Thompson es sin duda un punto de no retorno en la historiografía británica.

¹⁰ Bolufer, Mónica, «Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres», *Ayer*, 93 (1) (2014), pp. 85-116.

Podríamos entonces concluir —sin duda un tanto apresuradamente— que, al enfrentarnos al estudio de la biografía con estos supuestos previos, quedaría ya poco de aquel originario valor ejemplar que durante siglos la alimentó y sostuvo como género, y que ya no restaría apenas nada del elitista aprecio por su contribución a la formación del carácter viril que, desde los romanos, la había caracterizado como lectura *política* y moralizante¹¹. Son valores que solo parcial y accidentalmente se mantienen, cierto, en el apogeo presente de la *escritura subjetiva*; y que, salvo en periodos muy concretos, nunca llegaron a prevalecer significativamente entre nosotros, salvo en la coyuntura liberal-ilustrada y, de nuevo, entre los años veinte y los cuarenta del siglo XX. Pero antes de apresurar la cancelación de este modelo y aceptar el reto del enfoque hegemónico actual, barroco acaso y las más de las veces neorromántico, de esas mismas narrativas (ya no relatos ejemplares, sino registros de *complejidad vivencial*), diremos que hay aún una función restante, derivada de aquella originaria, que consiste en una especie de ejemplaridad actualizada y adaptada al tiempo en que vivimos, una época mucho menos formadora de élites que orientada en principio a respetar la igualdad democrática de las personas. Consiste esa función del relato biográfico, entre ciertos especialistas en didáctica, en poner en valor las biografías como modo de ayudar al estudiante a elaborar significados del proceso histórico de acuerdo con su propio estilo cognitivo, llevarlo a forjar interpretaciones y simbolizaciones ajustadas a su particular estructura mental. Es esta ciertamente una perspectiva psicológica que busca reorientar el aprendizaje de los niños y jóvenes hacia la consideración de aquellos elementos (o *valores*) que se desee potenciar¹².

Pero volvamos a la biografía tal y como se entiende convencionalmente. En Gran Bretaña es tan grande su éxito, y tanta su proliferación acerca de las vidas de hombres (y ya, crecientemente, también de mujeres), individuos de todo tiempo y toda condición, que incluso alguien se atreve —así el biógrafo *sir* Michael Holroyd¹³, con ironía de clase, a sugerir que el gusto por biografiar y ser biografiado, tan sorprendente en su expansión, habría venido a añadirle «un nuevo terror a la muerte». Lo decía Holroyd en el sentido de que los riesgos de la biografía para el sujeto (narcisista o no) distan de ser pocos, y no parecen irrelevantes para el mantenimiento de la privacidad y la preservación de la fama que se disfrute en vida... Pues ¿acaso no sentiríamos estremecimiento al pensar que alguien pudiera ver y tocar, tras nuestra desaparición, todos nuestros papeles y las cosas más privadas?, ¿no tememos, en fin, que cualquiera pueda valorar nuestras relaciones personales en toda su ambigua dispersión, su incongruencia y su complejidad, su falsedad, acaso, ante el *otro*...? El ofrecimiento in-

¹¹ Hernández Sandoica, Elena, «La biografía, entre el valor ejemplar y la experiencia vivida», *Asclepio*, LXVII/1 (2005), pp. 23-41; «La escritura biográfica», *Cercles d'Historia Cultural*, 10 (2007), pp. 10-25; «La biografía y la escritura de historia en la España actual», en Werner Altmann y Ursula Vences (eds.), *Por España y el mundo hispánico. Festschrift fuer Walther L. Bernecker*, Berlín, Verlag Walter Frey, pp. 166-174.

¹² Por ejemplo, Caro, Gianna (dir.), *Insegnare storia. La disciplina, l'apprendimento, il metodo*, Milán, Franco Angeli, 1992, pp. 38-39.

¹³ Holroyd, Michael, *Lytton Strachey: The New Biography*, Londres / Nueva York, Norton Paperback, 2005. Su primera biografía de Holroyd del reputado autor de *Victorianos eminentes* es de 1994; *Cómo se escribe una vida: ensayos sobre biografía, autobiografía y otras aficiones literarias*, Buenos Aires, La Bestia Equilátera, 2012.

discriminado de la intimidad que supone la biografía, la *explicación* del yo en manos de un extraño, desconocido o impertinente, la veladura que levantan las correspondencias más sabrosas, el propio hecho de la «confesión»... ¿no alarma todo esto si se piensa?¹⁴. El temor por la propia reputación, y en su caso por la ajustada comprensión de obra y pensamiento, sabemos que invadió ciertamente a Rousseau cuando publicó su *Émile*¹⁵. En cualquier caso, convendremos que estamos condenados a ese «nuevo terror», porque ya es compartida en muchos sitios, a todas luces, la preferencia de los lectores por un tipo de biografía que (ya no «oficial», ni meramente «representativa») permita darle la razón a un André Gide que, a propósito de la entrevista y de la relación entre entrevistador y entrevistado, observaba que era obligación de aquel «forzar la intimidad» de este otro, «llevar(lo) a hablar sobre aquello de lo que no hablaría por él mismo»¹⁶. La biografía es igual... ¿O no?

¿Qué es lo que *puede* entonces, y que es lo que *debe* decirse en una biografía? Planteada la discusión como un asunto ético (hasta *dónde* puede y debe llegarse en cuestiones de privacidad), y perturbadoramente emocional (¿qué *quiero* que quede de mí, y qué quiero que se sepa, después de mi desaparición física?), no cabe duda de que la posición de unas y otras personas tendrá que ver con su particular experiencia de la vida, su idea de la amistad y la sexualidad, pero también con la combinación de sus creencias y deseos con los cambios sociales, con variaciones de comportamientos y de pensamiento que, aceleradamente, van abriendo vías en los tiempos *modernos* a planteamientos de la vida privada que antes estaban en la frontera de la heterodoxia, si no se hallaban plenamente inscritos en su universo global de condena y castigo, jurídico y moral. Relaciones tenidas por «ilícitas» que han dejado de serlo hace bien poco, la quiebra progresiva de la heteronormatividad —aflojada ya la batalla—, son desde luego asuntos decisivos en esa consideración central de la vida *real*, la vida «auténtica», y la privacidad que busca recrearse en muchas biografías¹⁷. Según estén dispuestas las piezas autobiográficas que empleen los biógrafos en su ejercicio de interpretación y de escritura, será más o menos intensa la ligazón entre escritura propiamente biográfica y uso

¹⁴ Eakin, Paul John, *How Own Lives Become Stories. Making Selves*, Ithaca, Cornell University Press, 1999. Cita también Eakin, en su ensayo «Humo con fuego» (*The Ethics of Life Writing*, [ed.], Ithaca, Cornell University Press, 2004), cómo Holroyd reflexiona sobre las razones que podrían tener algunos escritores para quemar cartas, fotografías, documentos. Y recuerda a su abuela (que no era escritora) quemando fotos de su propia infancia: «Tal vez la idea de alguien rebuscando ociosa e ignorantemente entre los restos de nuestra vida, manoseando esos objetos una vez preciados y ahora inútiles, sin saber reconocer a las figuras de vestimenta extraña en las fotografías, o los sentimientos depositados en esas figuras... tal vez todo esto es más de lo que se puede soportar». Quemaron parte de sus papeles, ciertamente, personajes como Samuel Johnson, Henry James, Thomas Hardy, James Joyce o el mismo Freud.

¹⁵ Perrin, Jean-François, «À charge et à décharge». L'horizon judiciaire de l'écriture mémorialiste dans les *Lettres à Malesherbes* de J.-J. Rousseau», en Marc Hersant, *et alii* (eds.), *Le sens du passé. Pour une nouvelle approche des Mémoires*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, La Licorne, 2013, pp. 121-132.

¹⁶ Gide, André, *Interviews imaginaires*, París, Gallimard, 1943, p. 31, *op. cit.* en María Lúcia Pallares-Burke, *La nueva historia*, Valencia, Prensas de la Universidad de Valencia / Universidad de Granada, 2005, p. 15.

¹⁷ Véase, por ejemplo, Zamarreño, Fabio, «Cada página lograda es una letra al más allá». *Estudio de la correspondencia Américo Castro-Pedro Salinas*, trabajo de fin de máster, Madrid, UCM, E-Prints Complutense, 2016, en especial pp. 69 y ss.

de la documentación personal, en relación permanente y dialéctica ambos (sub)géneros, en un encaje trémulo y en cambiante posición¹⁸.

Es cierto que la atención lectora otorgada a la autobiografía (diarios, ya sean publicados o no, correspondencias, memorias, relatos de vida de todo tipo), una atención mayor incluso que a la escritura biográfica en puridad, viene justificada porque en la memoria autobiográfica encontramos tanto la irrepetible originalidad del individuo como aquellas características que, inevitablemente, hacen a ese mismo individuo similar a los otros, inscrito en la cultura de su tiempo y ligado a su lugar. La conciencia de hallarse los lectores en esa misma concreta encrucijada, acaso; el uso de las herramientas culturales y mentales a disposición del sujeto en cada circunstancia y ocasión, se hacen ahí patentes, a través de narraciones vivas y nos muestran su potencial reproductor y creador. Y es cierto que los recuerdos, tan personales e incommunicables en principio, tan intransferibles en su esencia, resultan ser paradójicamente una de las fuentes más importantes de los lazos tendidos entre los individuos¹⁹. Pero no toda biografía, obviamente, soporta la lectura emocionada que, en gran parte, se busca: Victoria Ocampo advirtió, obsesionada por la escritura bella, que «la vida más rica y más llena de acontecimientos diversos no pasa de lo vivido a lo escrito sin un talentoso traductor»²⁰; es decir, sin que el relato autobiográfico alcance calidad literaria suficiente, su gran preocupación.

A pesar de su importancia indudable, no voy a ocuparme aquí de esos aspectos, unos de naturaleza moral o deontológica y retórica otros, cuestiones todas que no importan demasiado si lo que deseamos es resaltar el proceso de complejización y revalorización de la biografía a partir de las nuevas posibilidades abiertas, la transversal de *género* mediante, y con ella el debate de los sexos, en el hecho de biografiar²¹. Se ha dicho más de una vez que, por su carácter privado e íntimo, son (somos) las mujeres protagonistas principales en la tarea doble de rescatar las fuentes subjetivas, crearlas en su caso, y a fin de cuentas darles en la escritura un uso *interaccional*. Pero antes de entrar de lleno en consideraciones como esta, me permitiré aún enunciar otras cuantas cuestiones sobre la escritura biográfica en general.

Una de las categorías de nuevas perspectivas abiertas dentro del relato biográfico es la biografía de grupo o red, que cuenta con estudios muy populares: así el libro de Richard Holmes *The Age of Wonder*²², que muestra cómo científicos del siglo XIX influyen directamente en

¹⁸ Para puntos de contacto y diferencias, Caballé, Anna, «Biografía y autobiografía. Convergencias y divergencias entre ambos géneros», en J. C. Davis e I. Burdiel (eds.), *El otro, el mismo...*, *op. cit.*, pp. 49-61.

¹⁹ Leone, Giovanna, *La memoria autobiográfica. Conoscenza di sé e appartenenze sociali*, Roma, Carocci editore, 2001, p. 16.

²⁰ Ocampo, Victoria, «Ordenar el caos» [1971], *op. cit.* en Victoria Ocampo, *Darse. Autobiografía y testimonios*, selección y prólogo de Carlos Pardo, Madrid / Buenos Aires, Banco de Santander, 2016, p. XVI.

²¹ Backscheider, Paula R., *Reflections on Biography*, Oxford / Nueva York, Oxford University Press, 2013. La insistencia en esas «nuevas ramas» del metafórico árbol de la biografía no figuraba aún en la primera edición, de 1999.

²² En castellano, Holmes, Richard, *La edad de los prodigios. Terror y belleza en la ciencia del romanticismo*, Madrid, Turner, 2012.

los círculos de escritores liberales y fabianos e inspiran sus relatos de transformación social. Enlazan estos enfoques con exploraciones biográficas anteriores, y las reelaboran con nuevas estrategias, recomponiendo textos que, muy populares desde los años 1920, han ido construyendo buena parte de la historia intelectual británica, y desde luego nutren extensamente la historia de la literatura. En la polémica clásica entre los partidarios de la *verdad* a secas en la biografía (solo puede escribirse lo que está comprobado), y los que en cambio muestran inclinación por arriesgar en la interpretación de una vida y sus quiebras apoyándose en puntos de anclaje que, a juicio del biógrafo o biógrafa, iluminan su trayecto vital, viene triunfando en los últimos tiempos la segunda postura, aquella que precisamente había ensayado en sus escritos el propio Jacques Rousseau²³. Se ha dicho muchas veces que las grandes biografías son las que muestran cómo se consume (cómo «se quema») el tiempo de una vida («A lifetime burning in every moment...», de los *Cuatro cuartetos* del poeta T. S. Eliot); que las mejores son esas que son capaces de plasmar cómo pasa (y cómo *se* pasa) la vida, *haciéndose* en el mundo alrededor, desde principio a fin, y cómo en cada momento se funde el tiempo histórico con las vivencias microscópicas del sujeto²⁴. Y son estas biografías, masivamente, las que se aprecian hoy de preferencia.

Lo más interesante a mi modo de ver de la explosión de relatos biográficos es, de este modo, que la permeabilidad entre unos géneros y otros, así como entre las propias disciplinas (con los efectos brumosos derivados del desafío posmoderno), ha permitido entre otras novedades el reingreso triunfal de la experiencia —el concepto de *experiencia vivida*, principalmente— en las ciencias sociales y la historiografía. De ahí procede la convicción cada vez más extensa y compartida, de impronta neohistoricista²⁵, fenomenológica y existencial, de que conocer hondamente, en *profundidad* (¿luego, en *verdad*...?), la biografía de una autora o un autor, puede enriquecer no solo la interpretación de una obra literaria, sino también aclarar intenciones de otras formas de obra escrita. Ya sea en el campo de la historia, en la sociología, la antropología, la psicología u otras ciencias sociales, en efecto, a medida que se ha ido afianzando la percepción autorreflexiva —la conciencia de la propia inmixción del sujeto creador, el *autor*, en la tarea científica—, se ha extendido también la percepción de que determinados datos biográficos, extratextuales o contextuales, vienen a facilitar el registro y mejor prospección de los espacios en blanco que, intencionada o inadvertidamente, quedan

²³ Caballé, Anna («Biografía y autobiografía...», *op. cit.*, en J. C. Davis e I. Burdial [eds.], *El otro, el mismo...*, *op. cit.*, p. 61), con ecos de María Zambrano, concluía preguntándose (en el plano ideal, no realizado) cuál es la función de los que llama «géneros de la memoria», la biografía en particular. Y apostaba por un punto intermedio, consistente en «encontrar puntos de contacto entre la razón y la vida a partir de operaciones intelectuales llevadas a cabo desde el interior de la propia vida y no desde la razón: es profundizando en las vidas concretas, conociéndolas en su grandeza e incoherencia, como la razón filosófica puede transformarse, abriéndose a la verdad».

²⁴ Tópico bien conocido en la literatura inglesa, el hallazgo de Eliot, reiterando el verso «In my beginning is my end...» en ese poema de 1922. Sirve también de feliz marco explicativo al importante recopilatorio de los diarios del crítico norteamericano Kazin, Alfred, *A Lifetime Burning in Every Moment. From the Journals of Alfred Kazin*, Nueva York, Harper Collins Publishers, 1996, un texto que muestra con claridad el valor de los diarios para la historia cultural.

²⁵ Utilizo el término acorde con la breve caracterización de Wilson, Norman J., *History in crisis? Recent Directions in Historiography*, 2.^a ed., New Jersey, Pearson Prentice Hall, 2004, pp. 131-137.

entre líneas. Es el triunfo temporal de la tradición hermenéutica, la asunción de que, como Gadamer dice, el intérprete no se encuentra fuera, sino «dentro de la vida», que no es solo un observador teórico, sino que pertenece a la totalidad de la vida, participando de ella. En la práctica, de modo más sencillo, no hay duda de que conocer detalles nuevos de las vidas de los escritores, el sacar a la luz algo que hasta ese momento se mantuvo invisible o no pudo interpretarse acertadamente porque faltaban datos, añade casi siempre algún elemento significativo a la comprensión crítica²⁶.

Y ahí volveríamos a toparnos con la cuestión de la «verdad» y la «autenticidad» en la confesión autobiográfica, ya sean ofrecidas por quien escribe, personalmente, o se vean arrancadas e inferidas por un intérprete a partir de más o menos veladas («reprimidas» diríamos a veces) ocultaciones o expresiones²⁷. Pero también afrontaríamos el tema, decisivo, de la interconexión (y contaminación) experiencial entre biógrafos y biografiados. Kathryn K. Sklar lo expresa contundente en un vivísimo artículo, «El relato de una biógrafa rebelde»²⁸, pero también Holroyd ilumina este asunto: «Mi identidad se formó a partir de mi escritura», confiesa, «aunque esta identidad se escondía detrás de las personas sobre las que escribí; se escondía, creo, de los demás y también de mí mismo. Pero ahora debo volver y explorar. Mis padres, mi familia diseminada en el tiempo y en el espacio, se han vuelto mis sujetos biográficos, en tanto busco en ellos algo mío, y algo de ellos de mí. Porque estoy escribiendo una autobiografía indirecta, una crónica con subtexto personal, que traza mi evolución hacia alguien a quien yo mismo, de joven, nunca habría reconocido»²⁹.

Pero la biografía no es simplemente el lugar donde se ponen a prueba las calidades literarias del escritor (y el historiador lo es obviamente), ni solo un tipo de narración a medio camino entre la reconstrucción de la «verdad» de una vida (todo lo que podamos conocer con certeza de ella) y la reparación hipotética de los huecos, el relleno del tejido roto o las ausencias (eso que *no sabemos* de esa vida) mediante el ejercicio de la imaginación histórica, la inferencia, deducción o abducción y el dominio preciso de la pluma, la habilidad que el biógrafo tenga, mayor o menor, del arte de escribir y el conocimiento de una época. La biografía es también el terreno donde mejor se expresa el cruce de subjetivismo y objetivismo en representaciones y discursos, siempre enlazados y alimentándose mutuamente, como mostraban Lakoff y Johnson en sus *Metáforas de la vida cotidiana*³⁰, es esa combinación intencional que lograría finalmente un modo más ajustado de acercamiento a la verdad.

²⁶ Por ejemplo, Kuspit, Donald, «La pasión por la pureza: reexaminando a Piet Mondrian», en su libro *Emociones extremas. Pathos espiritual y sexual en el arte de vanguardia*, Madrid, Abada, 2007, pp. 111-117.

²⁷ Eakin, Paul John (ed.), *The Ethics of Life Writing*, Ithaca / Londres, Cornell University Press, 2004.

²⁸ Sklar, Kathryn Kish, *Florence Kelley and the Nation's Work: The Rise of Women's Political Culture, 1830-1900*, New Haven, Conn., Yale University Press, 1995; «El relato de una biógrafa rebelde», *Historia y Fuente Oral*, 14 (1995), pp. 153-169: «Si yo no soy la misma persona que hace diez años empezó a escribir sobre Kelley», dice, «por qué tendría ella que permanecer inalterable...» (citas en pp. 168 y 166, respectivamente).

²⁹ Holroyd, Michael, *Cómo se escribe una vida...*, op. cit.

³⁰ Lakoff, George, y Johnson, Mark [1980], *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1995, pp. 201 y ss.

Y es además, en el contexto general de la escritura histórica, el lugar o espacio de reflexión privilegiado que hacemos nuestro al trabajar sobre el pasado (o mejor, al abordar la relación entre pasado y presente), es el laboratorio más elemental, y a la vez principal, sobre el tiempo y la temporalidad, siendo nuestra medida el tiempo biológico... Se hace evidente, pues, la necesaria pericia de quien biografía para transmitir el día a día, la huella del tiempo en las vidas sobre las que interviene y disecciona. Por eso importa tanto el conseguir dar cuenta de la variación de experiencias, de sus causas y consecuencias, enhebradas y engarzadas por el paso del tiempo, en cada vida o sujeto narrados.

No todas las biografías logran esto, es evidente (tampoco la novela, que se le acerca tanto). Pero seguramente más que esto importa aún el reiterar que la biografía es, por encima de todo, el lugar en que se expresa en toda su intensidad la mezcla o ubicación de lo particular en lo general, nuestro reto metodológico más representativo. A través de esa modulación temporal que combina los espacios (lo público y más extenso, y lo privado y más cercano), se van marcando las situaciones concretas que dan cuenta de las historias personales. El cine ha contribuido mucho, seguramente, a hacer visible de modo literal esa combinación, reforzando la interiorización por el espectador de esa conexión inevitable entre relato biográfico y ficción literaria, al precio de trivializar más de una vez la principal operación del historiador. Una dificultad principal en aquel desafío procede de las fuentes, siendo el relato autobiográfico más de una vez la fuente principal. Los documentos personales son en efecto el cuerpo, en la mayoría de los casos, de las biografías (un conjunto de cartas, diarios y memorias, una serie de conversaciones, una caja de fotografías y recuerdos... con eso bastará para empezar); pero esos documentos no nos ofrecen de modo directo la representación del tiempo vivido ni, necesariamente, la conexión entre la intimidad y el contexto exterior, o dicho de otra manera, no nos trasladan esos datos sin mediaciones, ni tocan directamente el corazón de la experiencia. Por sí mismas, esas fuentes no dan la información (ni siquiera proporcionan la «sensación») de que el tiempo pasa, salvo cuando los autores o autoras de esas cartas (o esas memorias y autobiografías) abordan directamente esos extremos, nos dan la información precisa de cómo están viviendo y experimentando el paso imparable del tiempo. Cómo es que, en fin, se «vive esa extraña mezcla de continuidad y memoria, de anticipación, de rutina y sorpresa o accidente, que forman lo sustancial de nuestras vidas»³¹.

Autobiografía y biografía se nos ofrecen así, también a los historiadores y las historadoras, íntimamente unidas, estrechamente confundidas, rozando el plano de contacto entre verdad (*recuperada*) y verdad (*sacada afuera*, o mostrada). Victoria Ocampo se revolvió también contra una distinción de géneros que iría en contra de su urgente deseo de correr a interpretar ella misma su vida antes de que lo hicieran los demás: «Y me pregunto en este momento en qué una biografía puede ser menos cruel y más verídica que una autobiografía

³¹ Eakin, Paul John, *Fictions in Autobiography. Studies in the Art of Self-Invention*, New Jersey, Princeton University Press, 1985; *Touching the World. Reference in Autobiography*, Princeton, Princeton University Press, 1992; *Living Autobiographically: How We Create Identity in Narrative*, Ithaca, Cornell University Press, 2008. Véase también Hersant, Marc, *et alii* (eds.), *Le sens du passé...*, *op. cit.*

[...] ¿En qué una biografía es más respetable que una autobiografía? ¿En qué es más justa describiendo personas cuya presencia real, el sonido de su voz, la mirada, la atmósfera psíquica fueron ignorados por el autor? Es verdad que uno no puede verse a sí mismo sino en un espejo [...] Y a veces para ejecutar ese género de trabajo uno va a buscar, se siente atraído irresistiblemente por alguien que se conduce como nosotros jamás nos hemos conducido y en circunstancias en que nosotros jamás nos hemos encontrado»³². Pensaba sin embargo la escritora, equivocadamente, que ya una forma artística en la autobiografía, capaz de transmutar en arte la emoción del que escribe, sería bastante a suspender el juicio negativo, de absolver sin condena la propia «confesión».

La construcción biográfica, la práctica de la biografía como género, potencia la naturaleza dialógica e interaccional de la escritura histórica, la forma en que el historiador se enfrenta con su objeto, ampliando a la vez el potencial abarcador de la historiografía y su carácter epistemológicamente plural. Consideraciones como esta se han convertido en campo de exploración de aquella abundantísima *historia oral* que poco a poco, casi insensiblemente, ha ido «normalizando» el enfoque subjetivo. Esa experiencia no solo se transmite a través del registro escrito, sino también mediante el cine y el vídeo, lo mismo que mediante las más novedosas formas de artes plásticas y la *performance*. Alexander von Plato previene, sin embargo, contra el ingenuismo triunfalista, con este «aviso» hecho a los historiadores orales: «Por una parte, podemos presentar mejor que antes las experiencias de otras generaciones, ya que disponemos de mejores y menos costosas técnicas de producción. De alguna forma podemos conseguir que los testigos no mueran, como ocurría antes, podemos otorgarles una vida en los medios audiovisuales. Pero, ¿qué podemos decir del contexto en el que tuvo lugar su experiencia?». Sin duda, objeta, «sus palabras entrarán en el mundo futuro que tendrá otras experiencias, otros contextos, otros medios, otras generaciones...», y en esos nuevos contextos «la caricatura que hoy fabrican periodistas y comunicadores» para hacer más «asimilables» aquellas voces, «mostrarán hasta qué punto los historiadores perdemos la batalla». La pregunta es, concluye desarmado Von Plato, si «hay algún puente entre la experiencia y la historia como ciencia»³³.

Un reto historiográfico importante (también el reto crítico en general) consiste en aprehender la relación de lo «vivencial» (interno) con lo «memorial» (externo al sujeto), como escribió Leonor Arfuch, con su atrayente manera de enfocar el viejo conflicto entre la tradición «científica» (el narrar *la verdad*) y la pulsión romántica (la *re-creación artística del yo*, del sujeto fragmentario pero, a la vez, único e irrepetible). En una inspiración que nutren entre otros Benjamin, Sebald y Bajtin, orientada al saneamiento de la traumática memoria reciente en Argentina, insiste Arfuch en que el propio relato irá configurando la experiencia, irá dejando al descubierto el carácter performativo de su ofrecimiento al lector, y de nuevo

³² Ocampo, Victoria, *Darse...*, *op. cit.*, pp. 335-336. Allí mismo: «Transformar una emoción no es la suprema imposición, es un milagro que toca a la transustanciación cuando se opera en un gran artista».

³³ Plato, Alexander von, «¿Qué pasa con la experiencia en el proceso de transición de la *historia contemporánea* a la *historia pura*?», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 1/33 (2005), p. 51.

nos suscita la duda de dónde se encuentra el límite entre testimonio verídico y ficción. El problema planteado por el dilema de la representación de las experiencias traumáticas, sobre «qué zonas de lo traumático pueden entrar en las lides del discurso, cómo traducir un horror en palabras», atraviesa el análisis de esos «pasados que no pasan», traumas y heridas que se extienden y se dilatan en el tiempo. La perspectiva de género constituye una especial vía de entrada para pensar las narrativas personales, al no orientar su análisis al relato de los hechos sino llevarlo, en cambio, a los modos de enunciación para indagar en el sentido y modulación de la experiencia. En el borde de la autoficción literaria se sitúan, es cierto, muchos de los relatos de vida de los que disponemos, y lo mismo sucede con «ciertas prácticas de las artes visuales comprometidas con el conflictivo mundo actual» que ponen de relieve la especial sensibilidad de esas voces, convertidas ellas mismas en historia, con relación «a la escucha y la mirada, a la dimensión afectiva que inviste la experiencia —objetos, fotografías, lugares, moradas, recorridos— más allá de los hechos históricos que inquietan la memoria»³⁴. Hay que reconocer que no es sencillo analizar cómo se constituye performativamente ese mismo relato, y cómo configura la particular experiencia, o cómo lo biográfico encaja en lo «memorial». Cómo salvar en fin, si es que se puede, la distancia entre el yo y el nosotros, cómo mostrar y hacer visible la violencia y la fragilidad que atraviesan el contacto³⁵.

Estamos ya lejos del arranque pionero de las exploraciones históricas y socioantropológicas que se preocupaban por rescatar los sujetos que en la escritura histórica se apreciaban *sin voz*, aunque en su día hubieran dispuesto de ella, si bien dista de haberse agotado esa tarea, pues se incrementa cada día obviamente la legión de maltratados, de marginados y excluidos, muchos de ellos niños y mujeres, con frecuencia el contingente mayor. Pero en los aspectos teóricos, en la búsqueda de las voces y los rastros perdidos u olvidados, proliferan las interpretaciones que dejan paso a la complejidad hermenéutica que afecta directamente a la experiencia, y entre ellas destaca la pluralidad de combinaciones de *acción* y de *palabra* que se expande a través de las narrativas de mujeres. Narrativas en las que estas, las mujeres, aparecen como un «sujeto significante», expresivo y consciente de la diferencia sexual. Junto a la diferencia sexual, cada día con más fuerza, se hacen visibles las *otras* diferencias inscritas en el sexo: la *etnia* o la *raza*, pero también la *clase*, que ha reaparecido con potencia en el retroceso de todo esencialismo, y se refresca el *lugar* (el país o contexto cultural y geográfico) que modulan y marcan la omnipresente *elección afectiva y sexual*; todos ellos factores que,

³⁴ Arfuch, Leonor, *Memoria y autobiografía. El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

³⁵ El esfuerzo teórico de L. Arfuch es muy interesante. A partir del análisis de la obra del inglés Michael Holroyd *Cómo se escribe una vida*, establece primero diferencias entre los géneros biográficos y la ficción. Apelando a Bajtín, señala que mientras la ficción puede no atenerse a los hechos y no solicitar al autor la identificación con sus personajes, hay en los géneros biográficos «un desdoblamiento de sí que equipara en cierto modo al biógrafo y al autobiógrafo: el primero, para construir su personaje, debe realizar una inmersión en la vida del otro; el segundo, al objetivar su relato, realiza un extrañamiento de sí para verse con los ojos de otro». Si no hay una frontera nítida entre biografía y autobiografía, sí habría mucho de autobiográfico en una biografía, aunque la propia Arfuch previene contra el riesgo de confundirse con el personaje.

en combinación permanente con elementos de género, y más recientemente, dejan paso también a la *edad*.

De esta manera, perspectivas muy diferentes insisten en explorar la cotidianeidad y las situaciones concretas que marcan y definen la vida de una mujer. Las experiencias femeninas, analizadas en su diversidad, afloran y se imponen mediante una insistente reelaboración de narrativas dentro de los propios *estudios sobre mujeres*, en un permanente ejercicio de reflexión sobre el sujeto histórico consciente y sobre la relación entre los sexos, pero también entre los conceptos clave de *estructura y acción*. Como hace el psicoanálisis y con frecuencia basándose en él³⁶, los estudios feministas han tratado de poner de relieve la incidencia de la diferencia sexual sobre la constitución de la subjetividad: se experimenta y se recuerda, viene a decirse, de manera condicionada por el sexo y el género; la memoria y las formas que aquella adopta y reviste son diferentes, incidiendo incluso en formas gramaticales de expresión diferenciadas.

* * *

*Si indagar en la historia y contar una historia son, en realidad,
el mismo texto, entonces el escritor también se encuentra frente a una paradójica tarea.
Deberá creer solo e intransigentemente en la literatura —es decir, en la pérdida del
fuego—, deberá olvidarse en la historia que teje en torno a sus personajes y, sin
embargo, aunque solo sea a ese precio, deberá saber distinguir, en el fondo del
olvido, los destellos de negra luz que provienen del misterio perdido.*

G. Agamben³⁷

Sabemos (y más de una vez tememos...) ³⁸ que el género biográfico roza la novela; los públicos comunes, y gustos compartidos entre un género y otro dan la medida de esa interconexión. Mientras que la ficción es un arte creativo, la biografía comporta un ejercicio re-creativo, un género «mixto», se ha dicho, que lleva al borde de lo permitido el oscilante valor científico de la recreación. La biografía, pues, cercana a la ficción en el gusto de los lectores, alejada y distante de su valor antiguo de ejemplaridad, ha sido cultivada tradicionalmente sobre todo desde el ámbito de la literatura y la crítica literaria, espacios que a su vez se han hecho muy complejos, considerados en sus fundamentos e inspiraciones. Es en este sentido en el que las biografías de mujeres abren más de una vez cauces nuevos y amplios a la valoración de experiencias y discursos que replantean, de abajo hacia arriba, el ámbito convencional de *lo político* en el cruce de los espacios privado y público.

³⁶ Roche, Anne; Chiantaretto, Jean-François, y Clancier, Anne (eds.), *Autobiographie, Journal intime, et Psychanalyse*, París, Economica Anthropos, 2005.

³⁷ Agamben, Giorgio, *El fuego y el relato*, Buenos Aires, Sexto Piso, 2016, p. 15.

³⁸ Interesan al respecto, desde una perspectiva psicoanalítica, Roche, Anne, y Delfau, Gérard, «Histoire-et-littérature: un projet», *Littérature (Histoire/Sujet)*, 13 (1974), pp. 16-28; Delfau, Gérard, y Roche, Anne, *Histoire, littérature: histoire et interprétation du fait littéraire*, París, Seuil, 1977.

Por la dilatación que el término *política* ha experimentado en su conjunto (el feminismo y el concepto de *género*, pero también el poderoso influjo de Foucault y el impacto de los enfoques deconstruccionistas), y por su expansiva introducción en la esfera de representaciones y discursos, hoy entendemos incluso que a aquel espacio público al que parecería referirse, inequívocamente, el ejercicio de la política en términos convencionales, muchas mujeres —a lo largo del tiempo y en ciertas sociedades— se habrían mantenido menos ajenas de cuanto se suponía previamente y cuanto se quería ver. Poco a poco, además, se ha ido forjando el consenso sobre la idea de que el *sujeto mujer* es múltiple, y que muy acusadamente es un sujeto nómada, cambiante, que en el despliegue no necesariamente progresivo de la historia de las sociedades, exhibe privilegiadamente ese nomadismo y esa fragmentación en sus escritos, en sus testimonios y en sus prácticas. Las biografías, y en especial las biografías de mujeres, tan importantes para sostener y dar cuerpo a los estudios feministas, si son además escritas por mujeres y, más aún, leídas por mujeres —haciéndolo *como una mujer*—³⁹, ayudarían a potenciar la exploración de experiencias, propias y ajenas, y permitirían dotar a los individuos de recursos para forjar la personalidad, la identidad⁴⁰.

La variedad de aquellos cauces es, sin embargo, grande, dentro de la unidad diferencial que procede del género y de sus desafíos sociales, culturales y políticos. Ulla Wikander la recoge y traslada sintéticamente:

Intereses comunes de las mujeres han surgido porque ellas en su conjunto han sido tratadas de manera distinta que los hombres. La relación entre los sexos se expresa de múltiples formas, desde la legislación hasta la violencia sexual. Las mujeres han sentido a veces que era de su común interés mejorar las condiciones de la existencia femenina. Algunas han trabajado individualmente por el bien de todas las mujeres; pero, en realidad, *las mujeres han vivido e interpretado su situación de múltiples maneras*. Quizá resulte de la capacidad de procrear de las mujeres un punto de partida común para los intereses femeninos. Pero no todas las mujeres paren, de modo que tampoco esto parece ser un punto común, aunque socialmente se haya entendido así. Comunes han sido las condiciones estructurales a las que se han enfrentado y las que han tenido que sortear. Pero *ha sido muy variable la manera como las han interpretado*. Algunas consiguieron liberarse de los límites de la existencia femenina, fuera por su alta cuna, su extraordinaria inteligencia, su duro esfuerzo o el mero azar; otras se revistieron a escondidas de una identidad masculina y triunfaron como hombres supuestos. Las mujeres no han sido en ningún tiempo un grupo homogéneo con intereses comunes a largo plazo, aunque la mayoría de las sociedades han desarrollado ideas muy precisas acerca de la esencia «de la mujer» y han tratado de imponerlas mediante leyes y convenciones en ese marco preconcebido⁴¹.

Experiencias internamente diferenciadas, pues, entre las mujeres, pero con un denominador común, la conformación cultural que deviene del género en función de su sexo, considerado *inferior*.

³⁹ Heilbrun, Carolyn G., *Escribir la vida de una mujer*, Madrid, Megazul, 1994.

⁴⁰ Heller, Thomas C., et alii (eds.), *Reconstructing Individualism: Autonomy, Individuality, and the Self in Western Thought*, Stanford, Ca., Stanford University Press, 1986.

⁴¹ Wikander, Ulla, *De criada a empleada. Poder, sexo y división del trabajo (1789-1950)*, Madrid, Siglo XXI, 2016, pp. 171-172. Cursiva mía.

El deseo de explicitar experiencias diferentes de los varones no siempre se mostraría con todo, a ojos de quienes analizan los relatos femeninos, como una característica innata o esencial, no siempre se evidencia como algo común o permanente, salvando quizá en la lírica. Mujeres que hayan escrito, sin duda alguna, ha habido más de las que se recuerdan o conocen, pero en la literatura medieval castellana, por ejemplo, hasta las mujeres que entonces tomaron la pluma, como afirma un autor varón (F. Gómez Redondo), lo hacen «bajo el dictado de otras preocupaciones». Ninguna de ellas parece reclamar «un grado de libertad o de dignidad femeninas asociadas a una escritura, sino solo el derecho de poder ocuparse de asuntos», los asuntos del cielo o teológicos, «reservados a los hombres»⁴². El género sería el culpable de que solo tras los asuntos públicos, situados en lo alto de todo por su inherente jerarquización, apareciera el deseo femenino de escribir para transmitir intimidad y experiencia vivida. Con todo, va desapareciendo en el uso y análisis de fuentes disponibles en historiografía aquella despectiva concepción de Luis Vives, tan expandida antaño, de que, de una mujer, no debería esperarse elocuencia ni ingenio, ni «memoria ni arte de gobernar» —y ha ido imponiéndose en su lugar la búsqueda de aquella mirada «esencial» que, adelantándose a otras voces, pedía para la palabra y acción de las mujeres, armada de cautelas y a finales del siglo XVII, Mary Astell⁴³.

Experiencia diferenciada es, entre otras, la muy sensible de la amistad entre mujeres (mujeres de la clase media victoriana, en el caso que traigo a colación), un lazo fuerte que explora Sharon Marcus con diversas *escrituras del yo* y otra serie de fuentes, icónicas, periodísticas y novelísticas: «La escritura biográfica de las mujeres victorianas seguía convenciones estrictas, y una de ellas era situar la amistad entre mujeres en el centro de una historia vital»⁴⁴. En este orden de cosas, es significativo el interés creciente por publicar correspondencias epistolares entre mujeres⁴⁵. La biografía escrita por mujeres se fija sobre todo en los ciclos de la vida, ha escrito Natalie Zemon Davis⁴⁶. Y hay quien usa el término *autoginografía* para significar la

⁴² Gómez Redondo, Fernando, en María Jesús Zamora Calvo (ed.), *La mujer ante el espejo. Estudios corporales*, Madrid, Abada, p. 63.

⁴³ «Mas mi pretensión no es que las damas se contenten con alardear de lo que saben, sino que no cejen hasta que consigan dar con la *substancia*. Y entonces, la que más sepa se atreverá a afirmar con el docto Sócrates que no sabe nada: nada de lo que se ocupe la soberbia y sea mera ostentación; nada que se acompañe de tanta ignorancia e imperfección que pueda alborozarla y hacer que se envanezca. Cuanto más sepa, más aumentará su aversión por la cháchara insustancial y sus malas consejeras, pues tiene capacidad de discernir que lo más difícil del estudio y del aprendizaje consiste en saber cuándo intervenir y cuándo callarse, y jamás hablar si no es con un propósito definido», Astell, Mary, «Una proposición formal para las damas» [1695], en *Escritos feministas*, edición de M.ª Luisa Pascual, Madrid, Maia, 2013, p. 144.

⁴⁴ Marcus, Sharon, *Entre mujeres. Amistad, deseo y matrimonio en la Inglaterra victoriana*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009.

⁴⁵ Citamos solo dos en castellano, entre otras muchas posibles: Mistral, Gabriela, y Ocampo, Victoria, *Esta América Nuestra. Correspondencia 1926-1956*, introducción y notas de Elizabeth Horan y Doris Meyer, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2007; Freire, Ana María, y Thion, Dolores, *Cartas de buena amistad. Epistolario de Emilia Pardo Bazán a Blanca de los Ríos*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2016.

⁴⁶ Davis, Natalie Z., «En guise d'introduction», en Nicole Pellegrin (ed.), *Histoires et historiennes*, Saint-Étienne, Presses Universitaires de Saint-Étienne, 2006, p. 30.

especial subjetividad de los escritos de memoria femeninos⁴⁷. Diríamos en resumidas cuentas que las mujeres, en los textos autobiográficos y en sus documentos personales —cartas, diarios, confesiones, memorias o relatos de vida—, que forman la materia prima de las biografías centradas en la experiencia, traspasan con frecuencia los límites convencionales (la frontera entre lo público y lo privado) que establece en principio la vida social, en sus procesos de construcción subjetiva, aboliéndolos o confundiéndonos, y potenciando usualmente ese factor regulador de la experiencia que son las emociones.

Así lo han teorizado desde el feminismo cuantas autoras critican, por considerarla artificial (por más que sea popular) la cómoda divisoria de Habermas⁴⁸. Y así se expresa, desde el estudio teórico de la biografía, la argentina Leonor Arfuch: «¿Era posible mantener la clásica línea divisoria entre público y privado? La expresión de la subjetividad, de lo privado —la mostración de intimidad, las narrativas, los intereses, el “mundo privado”—, ¿era necesariamente, en su advenir mediático, una contracara (indeseada) del fracaso de las utopías sociales? ¿Podían postularse, desde un pensamiento de la pluralidad y la diferencia otras alternativas, otros prismas para la lectura y la interpretación...?»⁴⁹. Luisa Muraro, extremando la singularidad de la experiencia femenina —en general, pero no en abstracto—, pone el dedo en la llaga de muchas de las inseguridades identitarias de aquellas mujeres que se sienten menos firmes, menos seguras, que han sido menos favorecidas por la vida en fin: «Escasean las figuras, las palabras, las ideas para significar con la fidelidad necesaria», dice, «lo que las mujeres viven, hacen, buscan», todo lo cual «en ciertas ocasiones, no es sino pescar el cabo del propio deseo en la madeja de la propia existencia, sin perderse en la inseguridad o en la imitación, y luego hacer de ello un saber y un hacer para sí y para los demás». Cree Muraro asimismo que, «con frecuencia, falta también la percepción de lo que les está sucediendo a otras: una cree que está sola, y para no estarlo se autorrepresenta según lugares comunes y deseos prefabricados, o sea, más pequeños de lo que ella es». Por eso insiste esta conocida feminista italiana de la *diferencia*, concluyente y segura, en que «el feminismo de nuestro tiempo nació en respuesta a esta soledad y a aquella escasez de palabras. Lo demás (derechos, igualdad, reivindicaciones...) es herencia decimonónica. El feminismo no tiene objetivos ni contenidos que no sean los que están presentes en la experiencia y en los deseos de las mujeres...»⁵⁰.

A pesar del impacto del *giro subjetivo* es mayoritario todavía en la escritura histórica hecha por mujeres —y quizá no pudiera ser de otro modo— el uso de fuentes que no pueden

⁴⁷ Stanton, Donna C. M., «Autogynography: is the subject different?», en Martine Watson Brownley y Allison B. Kimmich (eds.), *Women and Autobiography*, Wilmington, Del., Scholarly Resources, 1999, pp. 131-144.

⁴⁸ Ochoa Crespo, Pedro, «El desequilibrio universal no mengua». Sofia Casanova ante el espacio público en la década de 1920», en Elena Hernández Sandoica, *Espacio público y espacio privado. Miradas desde el sexo y el género*, Madrid, Abada, 2016, pp. 171-210.

⁴⁹ Arfuch, Leonor, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

⁵⁰ Muraro, Luisa, *La indecible suerte de nacer mujer*, traducción de María Milagros Rivera Garretas, Madrid, Narcea de Ediciones, 2013, pp. 122-123.

considerarse estrictos *documentos personales*. Incluso cuando son de este tipo los que utilizamos, de preferencia o en exclusividad (cartas, diarios, autobiografías, relatos orales), en la mayoría de los casos buscamos en ellos más la objetividad de los procesos comunicacionales (aunque tendamos a pensar que es *intersubjetividad*), que la aparente dimensión personal, subjetiva y experiencial que contienen. En el contexto español, ello ha sucedido, en las décadas precedentes, en buena parte de una manera inversa a lo que en la narrativa literaria, por el contrario, se considera «reprivatización» de la literatura (Mainer *dixit*) o «apoteosis del yo» (Gullón), es decir, el reconocimiento de la insistencia en definir el ser como ente personal y no como ser social (siendo que antes, en los años 1950 y 1960, había dominado en ese campo la novela social). La literatura quizá, una vez más por delante de la historia, tirando de ella para llevarla, esta vez, *hacia el yo...* Las alarmas contra esa «amenaza» sonaron, como es bien conocido, y no solo en España ni en nuestro campo solo, desde mediados de los años ochenta del siglo XX⁵¹. Pero ya es incuestionable, se quiera o no, la vuelta de la experiencia a la historiografía, su reingreso en el taller de historia; avanza la subjetividad, en fin, y el sujeto es consciente de que, biográfica y/o autobiográficamente, el sentido de su propia vida se arma y se expresa a través de la consciencia firme de su propia experiencia inscrita en otras muchas, a la vez reo y dueño de las narrativas que construye⁵².

Carolyn K. Steedman, en *Landscape for a Goodwoman: A history of two lives*, sostiene que la potencialidad de la imaginación y lo ficticio en la narración le permite acercarse como historiadora, paradójicamente, a lo real⁵³. Las técnicas propuestas por Steedman, como la proyección narrativa de experiencias que no han existido o no pueden evidenciarse, ofrecen

⁵¹ Por ejemplo, Mazi, Giacomo de, *Introduzione alla ricerca storica*, Urbino, Quattro Venti, 1993, p. 10: «Non convince molto questa abitudine di ripartire la storia non solo in periodi cronologici, ma anche a seconda della 'natura' dei fatti esaminati, con la creazione, quindi, di una storia antropologica, di una storia religiosa, di una storia militare, di una storia politica, di una storia dei partiti così via, ed ancora, in 'tagli' nazionali, regionali, monografici ed anche biografici; tutto ciò ha veramente un qualcosa di artificiale e nella stesura di queste storie bisogna stare molto attenti, poiché spesso si dimentica la 'continuità' e la complessità dei fattori in causa, nel momento in cui la narrazione si inserisce, nella 'cornice' della via di un solo popolo, di una sola contrada, di una sola località, di una sola istituzione, di un solo personaggio, di una sola famiglia».

⁵² Touraine, Alain, y Khosrokhavar, Farhard, *A la búsqueda de sí mismo. Diálogo sobre el sujeto*, Barcelona, Paidós, 2002.

⁵³ Steedman, Carolyn Kay, *Landscape for a Goodwoman: A History of Two Lives*, Londres, Virago Press, 1986. Véase a propósito la aguda y valiosa reseña crítica del libro que hace Raymond Williams en *London Review of Books*, 8/7, 17 de abril de 1986, pp. 8-9 («Desire»). Concluye así: «I put these questions to this book because in its problems as much as in its complicated substance I believe it to be important. It can be recommended for elements which I have not discussed, notably the chapter on 'reproduction and refusal' which explores, through her relations with her mother, profoundly physical questions, in ways that compel attention. But its central theme is how we understand and try to relate to each other once we have admitted the diversities and the pressures of our actual rather than our projected lives, and it is one that confronts us with the formal problems of that hybrid of autobiography and argument which is now so clear a consequence of the shifting class relations of our time and within these, shaping the mode, of the specific situation of the intellectual from a working-class family. We are already in a position to separate some versions of this form from others, just as we need urgently to separate different kinds of 'working-class novel'. *Landscape for a Good Woman* is pulled and strained within these crucial divergences, and it would be an evasion to give it only the simple acknowledgment and welcome which it deserves. What it most deserves, for its exceptional openness and honesty, is hard questioning: against some of its implications and seeking to develop others».

un camino alternativo de conocimiento histórico. Lo fidedigno se solapa con lo verosímil o similar, experiencialmente, de modo que el riesgo ficcional queda subordinado a la eficiencia potencial del relato, a su verosimilitud. Asimismo, el concepto de *negatividad creativa* que emplea Carol H. Mackay, utilizando recursos filosóficos y psicológicos sofisticados, combina realidad e ilusión, y detiene en los puntos de anclaje de unas vidas cruzadas la interpretación de sus significados, alejándose y acercándose a esos focos, jugando con la temporalidad y con el simbolismo de las acciones creativas de las cuatro mujeres victorianas que se estudian, entre ellas Julia Margaret Cameron⁵⁴. Tiene asimismo ese ejercicio biográfico un explícito carácter autorreferencial, un sentimiento vivo de inmersión personal en ambos contextos sociales (el de las biografiadas y la propia biógrafa), y se demuestra una voluntad de estilo que es utilizada, conscientemente, como una herramienta no encubierta. Verdaderamente, nos hallamos en esa «creciente inmersión en la propia subjetividad» que, como «signo de la época» en que vivimos, veía también Arfuch.

Los giros sucesivos en la escritura histórica, con la incorporación del lenguaje, la imagen o la representación, además del carácter consciente y autorreflejo de todo conocimiento, como principios teóricos, han transformado drásticamente los acercamientos al *sujeto mujer*, al tiempo que le han dado peso y entidad como objeto de estudio, incorporando en abundancia discursos orales y performativos⁵⁵. No hay que olvidar que, en gran medida, han sido las propias mujeres las que han expandido, lo mismo en las ciencias sociales que en la historiografía, distintas maneras de «mirar» el objeto histórico, la diferencia del «punto de vista» femenino del que hablaba Virginia Woolf o que venía exigido por el discurso distintivo de Kate Millet⁵⁶. Procedente del campo de la crítica literaria llegó a la historia, ya hace mucho tiempo, el propósito de establecer continuidad entre la experiencia de las mujeres y la experiencia de la lectura por parte de mujeres, privilegiando la «sensibilidad hacia los matices de nuestra propia vida y nuestras observaciones acerca de la vida de los otros», y dejando por el contrario a un lado las versiones o interpretaciones corrientes, hechas desde la perspectiva dominante, la perspectiva del varón⁵⁷.

Sea como fuere, las formas de acción política analizables en torno a las esferas privada y pública se ven hoy como plurales y diversas; de manera que no es solo su presencia en el foro

⁵⁴ Mackay, Carol Hanbery, *Creative Negativity. Four Victorian Exemplars of the Female Quest*, Stanford, Stanford University Press, 2002.

⁵⁵ Algunos de sus problemas teóricos, en Anne Roche y Marie-Claude Taranger, *Celles qui n'ont pas écrit. (Récits de femmes dans la région marseillaise, 1914-1945)*, Aix-en-Provence, Edisud, 1995.

⁵⁶ Millet, Kate, *Política sexual*, Madrid, Aguilar, 1975. «Para una mujer, leer como una mujer no es repetir una identidad o una experiencia ya dada, sino representar un papel que construye con referencia a su identidad como mujer, que también ha sido construida...» (Culler, Jonathan, *Sobre la deconstrucción*, Madrid, Cátedra, 1992, p. 61). Hace uso de esa estrategia, por ejemplo, Potok, Magda, *El malestar. La narrativa de mujeres en la España contemporánea*, Poznan, Wydawnictwo Naukowe / Universidad Autónoma de Madrid, 2010.

⁵⁷ Diamond, Arlyn, y Edwards, Lee R., *The Authority of Experience: Essays in Feminist Criticism*, Boston, University of Massachusetts Press, 1988. La cita es de Maurianne Adams («Jane Eyre: Woman's Estate», p.140), en Jonathan Culler, *Sobre la deconstrucción... op. cit.*, p. 44.

público lo que se busca rescatar, sino esas otras formas más directas, ligadas a la percepción del cuerpo y su presencia, más privadas e íntimas, esas formas de resistencia o de acción, forjadas *a contrario*, de *hacer política* como un solo y puro ejercicio de subjetividad, de afirmación identitaria o de empoderamiento femenino. Así, en ese ejercicio y a lo largo de él, la mujer transformaría prácticas ajenas (regidas por los patrones dominantes de masculinidad) negociando con ellas, y elaboraría a su vez otras prácticas propias, desenvolviéndolas dentro de márgenes, más o menos amplios, de autonomía personal. Es esta perspectiva la que otorga a la autobiografía de mujeres una luz especial y cada día más apreciada, transferida dicha escritura experiencial directamente a muchas biografías y encabalgada en ellas⁵⁸. Concebida como un modo de fijar la inestabilidad de la experiencia en curso de vivirse, la autobiografía no se vería ya, a pesar de su superficial apariencia, como un acto individual y subjetivo contorneado en la intimidad, como un ejercicio de sola privacidad, sino que por el contrario se revelaría como una cadena de actos deliberadamente interaccionales e interrelacionales, abocados hacia alguien que siempre estaría *afuera*, y que sería, por lo tanto, un *otro*. Lo cual obligaría a quien escribe a sostener y encarar la presencia de un lector imaginario, presente o futuro, contemporáneo o no, desconocido las más de las veces.

Aparecerá así un importante factor de interiorización del mundo exterior en la propia conciencia de quien (*se*) escribe autobiográficamente⁵⁹. En los textos autobiográficos, como en las propias acciones que les dan sustento, la mujer se reconoce *sujeto*, equivalente a *persona* o *individuo* en equiparación al varón. El análisis feminista aborda esas experiencias, sin embargo, más que desde el plano de la igualdad, desde el de la *diferencia* sexual, predominando a estas alturas seguramente este último enfoque teórico-político en todas sus versiones y dimensión filosófica⁶⁰. Desde Virginia Wolf hasta ahora mismo, la inspiración anglosajona, hoy extendida por el mundo como nunca antes, hace descansar el factor decisivo de la diferencia sexual en la experiencia narrativa específica de la *mujer, leída como mujer* tanto social y cultural como biológicamente. El plus de emoción que introduce la autobiografía en los estudios sobre mujeres empaparará a su vez marcos de análisis que vienen de la literatura y de la historia, de la sociología y de la antropología, del psicoanálisis determinantemente en fin, debilitando «la frontera entre hecho y ficción, lo personal y lo social, lo popular y lo académico, lo cotidiano y lo literario»⁶¹.

⁵⁸ Entre otros muchos títulos posibles, Amelang, James, «Autobiografías femeninas», en Isabel Morant (ed.), *Historia de las mujeres...*, Madrid, Cátedra, vol. II, 2005, pp. 155-168; Broughton, Trev, y Anderson, Linda, *Women's Lives / Women's Times. New Essays on Autobiography*, Nueva York, State University of New York Press, 1997; Smith, Sidonie, y Watson, Julia, *Women Autobiography. A Reader*, Madison, University of Wisconsin Press, 1998, y *Reading Autobiography. A Guide for Interpreting Life Narratives*, Minneapolis, Minnesota University Press, 2001.

⁵⁹ El rechazo autobiográfico (y en consecuencia de la experiencia como herramienta) es claro en ciertos autores y ha dado lugar a polémicas que no puedo recoger aquí. Un recorrido en Tiphaine Samoyault, «Mémoire de la trahison (Bourdieu, Depardon, Éribon, Ernaux)», en Marc Hersant, *et alii* (eds.), *Le sens du passé...*, *op. cit.*, pp. 203-215.

⁶⁰ Muchas de las inspiraciones feministas indagan críticamente las características y limitaciones de la construcción política del sujeto mujer, mediada por el género. Hernández Sandoica, Elena, «El sujeto mujer: construcción cultural y reto historiográfico», *Desde la Historia. Homenaje a Octavio Ruiz-Manjón y Juan Pablo Fusi*, extraordinario de *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 38 (2016), pp. 161-170.

⁶¹ Cosslett, Tess; Lury, Celia, y Summerfield, Penny (eds.), *Feminism and Autobiography. Texts, Theories, Methods*, Londres / Nueva York, Routledge, 2000, p. 1.

La experiencia femenina presenta obviamente facies distintas, unas derivadas del cuerpo y sus funciones de conformación (y/o materialización) reproductora (esencialmente la maternidad y sus experiencias derivadas), y otras diversas, siempre articuladas por el género o por la combinatoria sexo/género, y configuradas históricamente según culturas y sociedades⁶². La «identidad femenina», sus roles y su naturaleza, serán producto así de una experiencia sexual *diferencial* vivida por las mujeres, desplegada según reglas y márgenes de actuación que forjan y condicionan su percepción del mundo y que nutren su acción y su producción cultural. La perspectiva abierta por el cambio experimentado en concebir la relación entre mujer y política, la idea general sobre su acción en ese ámbito, han cambiado radicalmente a ojos de muchas de las historiadoras (y cada vez más historiadores), y ello se debe al desafío planteado por muchas de las principales teóricas del feminismo, por sus formulaciones y discursos lanzados al torrente circulatorio general, desarrollando ideas, y a la vez contradiciendo sus valores, de pensadores masculinos del peso de Foucault o Derrida. En ese torrente navega, atropellada pero enérgica (aunque sin dejar de estimarse sumergida en las interpretaciones de historia *mainstream*), una cantidad cada día más grande de obras con abundante información e interpretación sobre las vidas, la obra y el pensamiento de muchas mujeres, ya sea solas o en grupo, que el ámbito académico de los *Women's Studies* acoge y promociona.

Orientados en su vertiente radical (filosófica y políticamente) a mostrar la irreductibilidad de la experiencia femenina e insistiendo en reparar la expulsión de esa experiencia, históricamente, del pensamiento científico y teórico occidental, queda no obstante pendiente la exploración a fondo de muchas de las preguntas planteadas ya a principios de la década de 1980, en cuanto a iluminar la relación entre ambos universos: el del pensamiento y la ciencia en general, por un lado, y el saber femenino de la vida, por otro⁶³. Pero es ya conve-nido que una de las mayores aportaciones del feminismo consiste en dar sentido a lo que, hasta su aparición, no lo tenía⁶⁴. La imposibilidad o extrema dificultad de la expresión por parte de las mujeres, exclusiones o subordinaciones objetivas, son una de esas aportaciones decisivas al trabajo de desvelar las formas de la desigualdad, si bien la reivindicación ha podido subsumirse en extremo, como sucede en Spivak, en la negatividad más absoluta, en el reconocimiento de la impotencia para emitir toda voz. Perspectivas todas ellas que, de una manera u otra, eluden el realismo objetivista y adquieren gran valor en los escritos históricos sobre mujeres, pero que con frecuencia chocan y entran en contradicción entre sí. Bastantes de ellas tienen que ver con la «ética de la ambigüedad», denominada así por un texto de Simone de Beauvoir que defiende la idea de que la mujer expresa mejor que el varón la condición humana, siendo esa condición humana esencialmente ambigua y conflictual, además de subordinada y relacional. La mujer no cabría (imposible deseo) en la tradición filosófica

⁶² Hernández Sandoica, Elena (ed.), *Dossier «Masculino/Femenino: leer el cuerpo»*, *Alcores*, 19 [en prensa].

⁶³ Gilligan, Carol, *In a Different Voice*, Cambridge, Ma., Harvard University Press, 1982; Harding, Sandra, *The Science Question in Feminism*, Ithaca, Cornell University Press, 1986; Crary, Alice, «A question of silence: Feminist theory and women's voices», *Philosophy*, 76, 297 (2001), pp. 371-395.

⁶⁴ Laugier, Sandra, «La voix des femmes et l'expérience», *Cités* 1/9 (2002), pp. 73-90.

cristiano-occidental, porque en esta vendría definida tan solo por contraste, por oposición en relación con los demás; la mujer sería *el otro* de ese *Uno* (esta vez con mayúscula) que sería, por esencia, *el varón*. La identidad femenina, el ser de la mujer, se construiría así en esa dependencia subsumida a modo de *relación*.

No hay nada voluntariamente marginal en las perspectivas historiográficas que adoptan tales enfoques. El ámbito global en que se inscriben esas aproximaciones viene a ser forzosamente, se quiera o no, el de la historia social, a su vez encuadrada en historias nacionales y locales. De la mano de la recuperación del sujeto individual, por la influencia importante del feminismo y su aparato teórico y conceptual, las biografías de mujeres van constituyendo una aportación extremadamente importante, no solo al conocimiento concreto de muchas mujeres del pasado (a la empresa de visibilizarlas), sino más hondamente, al rescate de la subjetividad y la experiencia vivida como modo de conocimiento, haciéndolo a través de las narrativas de esas mismas mujeres, que dan cuenta de su propia experiencia, que reinterpretan su vida y, al narrar, recrean a la vez el universo que las rodea. Ciertas aportaciones sorprendieron con su impactante capacidad para la innovación conceptual en cuanto al tratamiento de las experiencias de las mujeres, y, en consecuencia, dieron paso a considerar la irrupción de una *historia de la subjetividad* entendida como una historia de la individuación de los sujetos, pero también de su expresión política consciente y, de modo cada vez más visible, del componente psicológico, emocional, de todo acto, representación, discurso o deseo.

«La Escritura (*sic*) es toda mi vida, es mi obsesión», dice Gloria Anzaldúa⁶⁵. El trabajo *sobre sí mismo* (*a*), eso que Foucault en *La hermenéutica del sujeto* llamaba «el cuidado de sí», es la razón de ser de la escritura en general y de la escritura autobiográfica muy en particular, de manera que «escribir forma parte de una práctica ascética», si tiene Giorgio Agamben razón, en la que «la producción de la obra pasa a un segundo plano con respecto a la transformación del sujeto que escribe»⁶⁶. Subjetivación, pues, pero también humanización de los discursos, en este caso dirigida al discurso sobre las mismas mujeres: «Estoy muy cansada de los relatos históricos que tratan a las personas como ‘terrenos de análisis’», escribe Karen Offen, cansada de narraciones históricas «que ensartan en pinchos las vidas de los individuos y los esfuerzos de los grupos, de forma que se los pueda tener sujetos al análisis ‘científico’ —a base de retorcer, remover y resistir—, mediante lentes teóricas distorsionadoras de diversos grosores y opacidades y desde varias distancias críticas». La recuperación de la vida y la experiencia vivida llenaría de este modo toda una agenda por venir: «Creo que esta práctica es deshumanizadora y no ha de ser tolerada», dice la propia Offen, «las vidas de la gente y sus esfuerzos para cambiar las condiciones bajo las que viven, dentro de contextos políticos y culturales particulares, tienen una integridad que debería ser respetada, en especial por parte de las especialistas feministas»⁶⁷.

⁶⁵ Anzaldúa, Gloria, *Borderlands. La frontera: La nueva mestiza*, Madrid, Capitán Swing, 2016, p. 131.

⁶⁶ Agamben, Giorgio, *El fuego...*, *op. cit.*, p. 87.

⁶⁷ Offen, Karen [1998], *Feminismos europeos, 1700-1750. Una historia política*, Madrid, Akal, 2015, p. 48.

En su libro *Infancia e historia*⁶⁸, el propio Agamben presenta los *Ensayos* de Montaigne como la última obra de la cultura europea fundada íntegramente en la experiencia, antes de que la subjetividad se pusiera al servicio del conocimiento científico y la racionalidad entrara en la filosofía venciendo cualquier otra tentación. Como recuerda Óscar Cornago, estudioso de la escena teatral con herramientas de sociología de la *vida cotidiana*, Agamben repasa históricamente «la dificultad de la experiencia desde el momento en que el sujeto de la experiencia y el sujeto de la ciencia se fundieron en una única instancia de dudosa consistencia». Tras su reingreso en el campo de la historia, sin embargo, después de haberlo hecho al de la filosofía, «el problema de la experiencia ha sido cada vez más el problema de la relación entre lo individual y lo universal, entre lo que se siente y lo que se piensa. La experiencia queda como la experiencia de un límite y una imposibilidad, el límite entre lo sensible y lo inteligible»⁶⁹. Por eso, ¿cómo no reconocer con Benjamin, traído aquí por mí de nuevo, lo que esa ausencia de la experiencia, ese vacío, supone de empobrecimiento cultural...? «Nuestra pobreza en experiencia», escribía Benjamin a principios de los años treinta del siglo XX, «es tan solo una parte de la gran pobreza, que ahora ha vuelto a recibir un rostro, tan agudo y exacto como el de los mendigos medievales. Porque, ¿qué valor tiene toda la cultura cuando la experiencia no nos conecta con ella? [...] Admitámoslo: esta pobreza de experiencia es pobreza, pero lo es no solo de experiencias privadas, sino de experiencias de la humanidad. Es, por tanto, una especie de nueva barbarie». «La verdad no existe más que en la experiencia, e incluso solo en la experiencia personal, y aun en este caso, una vez que ha sido contada, se convierte en historia», escribe Gao Xingjian en *La montaña del alma*. Allí mismo se lee con todo, acaso descorazonadoramente, que «lo que normalmente llamamos la vida permanece en lo indecible»⁷⁰.

Voy ahora a enunciar brevemente, teniendo esto presente, alguna de las posibilidades que he tratado yo misma de aplicar en el tratamiento de la biografía de mujeres (y las limitaciones que he encontrado en ello, cómo a través de la biografía he sentido con más fuerza que otras veces «lo indecible»...), partiendo del proceso de subjetivación explícito, muy acusado y sostenido, que exhibe como autora, mujer consciente de su vida y su obra, la española Rosario de Acuña y Villanueva (1850-1923), sabedora intuitiva del valor, no solo testimonial sino también performativo, de la escritura; valiente defensora, como otras muchas mujeres que escribieron, del valor como elaboración identitaria del recorrido experiencial.

Su obra discurrirá ceñida, con gran fuerza y conciencia, a la trayectoria entera de su vida, entendida desde muy pronto como construcción *personal*, como *elaboración subjetiva* o palimpsesto de la *condición de individuo*. Le cuadran a la perfección a la escritora las pa-

⁶⁸ Agamben, Giorgio, *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004.

⁶⁹ Cornago, Óscar, *Ensayos de teoría escénica. Sobre teatralidad, público y democracia*, Madrid, Abada, 2015, pp. 163-164.

⁷⁰ Traducción al castellano de José Ramón Monreal y Liao Yanping para Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona, 2001. Citas en pp. 27 y 344, respectivamente, de la edición de bolsillo (2014).

labras de la francesa Claude-Edmonde Magny, que años después decía por escrito esto a un joven amigo, Jorge Semprún: «Escribir es la mejor manera que he encontrado para integrar cierta experiencia, para ‘incorporármela’ verdaderamente [...], para hacer que dicha experiencia esté a mi entera disposición, totalmente convertida en aptitud, como la natación o la locomoción»⁷¹. Una habilidad, una propiedad o capacidad adquirida, un hábito común, un ejercicio... Es decir, la experiencia tejiendo la percepción del tiempo biográfico, de su huella en la constitución de la persona, de su valor para conectar pasado y futuro apurando el presente, y de interpretar con esas herramientas el mundo que, a la una y la otra, le tocara vivir. Resumiendo la esencia de su propia experiencia, la vida de Rosario de Acuña consistió en una lucha feliz y desgraciada, hecha su antojo y siempre combativa contra el asfixiante corsé político y de género que dominó una España conservadora y, en cierto modo, ultra —en la que malvivían sin embargo otros mundos—; un universo ideológica y socialmente regido por la Iglesia católica y una burguesía anclada, a su modo de ver, en un fango inquieto de dinero y poder⁷².

De peripecia muy compleja, por lo plena de avatares y lo combativa que fue, su vida atraviesa una segunda mitad del siglo XIX más convulsa de lo que a veces se reconoce en la historiografía, en la que, desde unos orígenes cómodos y burgueses, con una fuerte personalidad juvenil (lectora empedernida y escritora precoz), Acuña iría asomándose, entusiasmada o desengañada, al precipicio de todo aquello que iría condenando, a la contra, aquel medio social del que ella misma procedía y en el cual se había criado. Tras el telón rasgado del republicanismo se abrió Acuña al librepensamiento, al laicismo, a la masonería, al feminismo, mientras seguía profesando una afición total al darwinismo y la teoría de la evolución —aprendidos de niña y satanizados por la Iglesia—, y tejiendo con ello la figura social y personal de un modelo atípico de *mujer* para la España de la época, una mujer que escribe (bien es verdad que no sería la única, ni mucho menos) si bien, a todas luces, no aparece como *especialmente femenina* en el sentido convencional de la expresión: ni «ángel del hogar» ni, tampoco, sufragista. Un universo de prohibiciones afrontaría así aquel personaje extraordinario, permanente surtidor de ideas y de actuaciones no siempre transgresoras, pero sí siempre sorprendentes; y una victoria en fin, ese ejercicio de vida hecha a su modo, que en cambio le sería negado a la inmensa mayoría de las mujeres de su tiempo, pero que ella fue gobernando, y narrando a la vez.

⁷¹ Magny, Claude-Edmonde, *Carta sobre el poder de la escritura*, prólogo de Jorge Semprún [1943-1948], Cáceres, Editorial Periférica, 2016, p. 17. Refiriéndose a la literatura de mujeres: «Las mujeres escriben antes de haber logrado desembarazarse de sus emociones, de desprenderse de sí mismas, y así permanecen siempre en el umbral de la visión [...] Pero tampoco se puede escribir solo con la inteligencia» (p. 30).

⁷² Sobre la obra de Rosario de Acuña, resultan imprescindibles autores como José Bolado, editor cuidadoso de las *Obras completas*; Macrino Fernández Riera, biógrafo y activo mantenedor de su memoria; Carmen Simón, Ana María Díaz Marcos, Christine Arkininstall, expertas exploradoras de la obra literaria, periodística y ensayística de Acuña, además de algún otro ensayo de autoría distinta. De todos ellos apporto información bibliográfica en mis dos trabajos publicados (2012 y 2016), sobre la propia Rosario de Acuña, ya citados más arriba y que no reitero, por su extensión y variedad, aquí.

En sus escritos, las emociones oscilan y puntean, desde la euforia hasta el abatimiento, las diversas mecánicas del yo. Muchas veces, es una traslación retrospectiva de esos estados de ánimo, vivencias o recuerdos la que engarza retazos y fragmentos del contexto social de un modo transparente. La mayoría de los textos de Rosario de Acuña (poesía y novela, ensayo o teatro, cartas a amigos o, simplemente, para dar a la prensa)⁷³ son una textualización de la experiencia vivida por su autora, de su modo concreto de percibir el mundo y de construirlo en su imaginario propio, del ejercicio y reelaboración de la percepción del paso y las heridas del tiempo (y del fracaso de su permanente vis política...). Son también testimonio de una constante voluntad de restañar esas heridas. Son, en fin, un registro muy amplio del trabajo de «hacerse una vida» que, vista desde hoy, por su alto grado de autonomía personal, podría resultarles a muchos sorprendente, de inesperada «modernidad»⁷⁴. Como han visto todos aquellos que se han detenido antes que yo misma en su obra y su vida, son muchas las posibilidades que encierran todavía los escritos de Acuña, desde el ensayo periodístico o las cartas, a la poesía, el teatro o el cuento y alguna otra ficción. Es clarísima su conciencia de estar superando la división entre lo público y lo privado, de estar combando la superficie de la «verdad histórica» y la «verdad literaria» en su ejercicio de autoconstrucción, en su consciente elaboración como persona. Pero también esos mismos intérpretes que se han enfrentado a su figura, y yo entre ellos, somos conscientes de que todo lo que escribamos sobre Acuña queda en suspenso ante la indecibilidad de aspectos de su vida que ella, deliberadamente, ocultó o, al menos por escrito, no expresó.

La parte de la experiencia vivida por Rosario de Acuña que quiso transmitir, su recreación a través de narrativas ágiles y emotivas trufadas de punzantes críticas, nos permiten a pesar de los silencios percibir la fusión de ambos planos, la escritura del yo y la ficción literaria, que revelan aquellas «marcas de feminidad» que la crítica cultural indaga y reconoce en el sujeto femenino. Su experiencia cotidiana (y, por lo tanto, la percepción del cuerpo, pero no, en apariencia, de la sexualidad) engloba marcas externas de una convivencia doméstica que, a todas luces, sería socialmente condenable: convive Rosario de Acuña durante largos años con un varón, veinte años menor, tras separarse del marido. Las marcas de privacidad afloran en su caso entreveradas con permanentes apuestas *políticas*, en el sentido lato de la expresión: a favor de una educación igualitaria, a favor de la equidad en las relaciones entre los sexos, a favor de dar valor al trabajo de la mujer en el hogar (incluyendo la pequeña empresa doméstica, que ella misma abordó), promoción de la moderna higiene y el cuidado, la salud, y otros muchos signos de «europeidad» que enhebran y explicitan su constante, temprana y reiterada, animadversión a las prácticas sociales de la Iglesia, cerrojo a su entender ante la

⁷³ Además de los dos textos que cité más arriba, Hernández Sandoica, Elena, «Cartas de guerra e intimidad epistolar. Rosario de Acuña, 1917» [en prensa].

⁷⁴ Extrema, a mi entender, el componente utópico de su obra y pensamiento Hibbs, Solange, «El pensamiento utópico de Rosario de Acuña», en Jacques Ballesté y Solange Hibbs (eds.), *Les temps des possibles (Regards sur l'utopie en Espagne au XIXe siècle)*, n. 12 de la revista *Hispania*, Carnières-Morlanwelz, Lansman Éditeur, s. f. (agradezco a José Bolado que me hiciera conocer este texto de la autora).

igualdad de las mujeres. Nada, por el contrario, que pueda hablar en ella de carencia de espiritualidad, sino bien al contrario.

La fuente de la que procedía el deseo de escribir de Acuña no había sido el amor, el enamoramiento y el sufrimiento o goce derivados de él, como sucede en tantas y tantas mujeres, de la época o no. No guiaría su mano a la hora de escribir ni la pasión erótica ni la fijación sentimental —aunque en su lírica haya muestras de ello, lógicamente—, como sucede en mucha de la escritura autobiográfica, desde luego en Teresa de Jesús. Podríamos advertir en ambas, sin embargo, en la santa de Ávila y en esa *santa laica* que, en fondo y forma, Acuña hubo de ser, un paralelo en rasgos de lenguaje. Teresa elaboró un modelo de comunicación literaria que, como dice Alicia Redondo, resulta un «escribir desconcertado», un flujo «apasionado, desordenado, casi oral, con frases inacabadas y palabras vulgares»⁷⁵. En el caso de la escritora madrileña tenemos neologismos un tanto ingenuos, inventos de concepto más de una vez chocantes, signos de puntuación descolocados, y sobre todo un altísimo grado de emotividad, como apelación intencional al lector, un sesgo oral constante y deliberado utilizado como recurso dialógico en busca de cercanía e inmediatez, un guiño muy marcado de complicidad. Y una complicidad que no solo trata de empatizar con la lectora femenina, aunque sea precisamente a la mujer a quien se oriente una parte significativa de sus escritos reivindicativos de sexo y género, sino que la escritora (igualitaria) y la feminista (relacional) que Acuña fue tratará de elevarse por encima de su divisoria, no dejando sin embargo de encastrar en sus palabras —cruels muchas veces con las madres— una condena última dirigida al varón.

Sin embargo, su visión del sujeto mujer no es victimista, aunque tenga en cuenta la diferencia sexual. Diferencia que (lo mismo que sucede en Emilia Pardo Bazán, en ambos casos seguramente por causa de sus respectivas experiencias matrimoniales, fracasadas ambas aun de modo diverso), Acuña entiende resultado del marco sociocultural (es decir, la lejanía de deseos y expectativas entre ambos sexos que se derivaría de la diferente educación de niños y niñas, error que imputa a las propias familias más que a la escuela). No aceptaría la idea de que esa diferencia entre los sexos se asentara en la brecha de la biología, si bien, como ser de su tiempo que Acuña fue, y además muy sensible a las corrientes del pensamiento médico, vaciló en ocasiones tibiamente, y más de una vez dudó en la espinosa cuestión del distinto tamaño del cerebro de hombres y mujeres y sus posibles consecuencias sobre las respectivas capacidad e inteligencia. Leída a la luz de autoras consideradas hoy a estas alturas *posmodernas*, que se esfuerzan por desligar el concepto de *diferencia* de la lógica dualista que contrasta sexo con género y que enfrenta naturaleza con cultura oponiendo asimismo cuerpo y mente, Rosario de Acuña constituye realmente un palimpsesto como sujeto «nómada», un ejemplo magnífico de una subjetividad femenina sin una identidad fija y estática, clasificable con facilidad. Al contrario, la escritora posee esa identidad abierta y fluida, que como dice Rosi Braidotti, está siempre configurándose en el tiempo y que «se refiere al devenir».

⁷⁵ Redondo, Alicia, «Introducción literaria. Teoría y crítica feministas», en Cristina Segura (coord.), *Feminismo y misoginia en la literatura española. Fuentes literarias para la historia de las mujeres*, Madrid, Narcea, 2011, p. 25.

Recientemente he abordado la construcción textual de un suceso, con el uso de lenguaje injurioso por parte de la autora, que da paso a un proceso que se cerraría para Acuña con la ratificación dolorosa de la superioridad política y social del sexo masculino⁷⁶. Pero, si bien ese discurso reviste una particular intensidad desde el punto de vista del conflicto masculino / femenino, también es cierto que articuló otros discursos (influyentes en la época algunos de ellos), menos complejos pero de gran interés, que versan en torno a la maternidad no biológica, la «maternidad espiritual», así como otros de extraordinario valor autobiográfico por lo que reflejan sobre su percepción de la dimensión emocional de la pérdida (la muerte del padre, mas no la ausencia del marido...), sobre el desengaño del patrón romántico del «príncipe azul», un espejismo, o sobre la naturaleza de la pareja ideal, a su entender heterosexual y conviviendo sin contrato legal ni religioso en términos de igualdad. Acuña traslada asimismo al lector, en ocasiones de manera dramática, su experiencia concreta de relación conflictiva con la madre, especialmente durante la adolescencia, una tensión convertida después en reconciliación, en «pacto», como diría Nancy Chodorow (quien considera esa constante psicológica de conflicto entre madres e hijas adolescentes factor determinante de la configuración psicológica femenina).

Podríamos seguir recogiendo otros rasgos, nacidos o reaparecidos en la intensa trayectoria biográfica de Acuña con el correr del tiempo y el procesar, a través de relatos del yo, el poso de su propia experiencia. Mas voy a limitarme a mencionar que Rosario de Acuña reconstruyó en esos relatos otras diversas prácticas afectivas y de relación: por ejemplo, la práctica del *affidamento* tal y como la define Luisa Muraro, el confiarse amistoso de las jóvenes a mujeres de edad, más experimentadas —con más vida detrás, generosas supuestamente en la transmisión de su propia experiencia vivida—. Fue esa una de las formas en que Rosario de Acuña y Villanueva, ya muy lejos de sus orígenes burgueses en el Madrid de mediados del siglo XIX, transmitió su capital político e ideológico, ya avanzada en edad, desde su casa en la colina de El Cervigón. Murió (1923) en aquel Gijón socialista y anarquista, pero también profundamente católico y conservador, en el que tantas cosas que había deseado en la última parte de su vida parecían posibles.

⁷⁶ «El poder ambidiestro del lenguaje: Género, injuria y sexualidad en “La Jarca de la Universidad” de Rosario de Acuña, 1911», en Elena Hernández Sandoica, *Espacio público y espacio privado...*, op. cit., pp. 95-169.